CUENTA CUENTOS

UNA COLECCION DE CUENTOS PARA MIRAR, LEER Y ESCUCHAR.



SALVAT

2

CUENTA CUENTOS

Es una producción de la
DIVISION DE PUBLICACIONES INFANTILES
Y PEDAGOGICAS DE SALVAT
«ORGANIZACION MUNDO DE LOS NIÑOS»

Dirección: **Juan Salvat**
Dirección de la División: **Ramón Nieto**
Edición y Grabación: **José Gaya**
Dirección Artística: **Francesc Espluga**
Equipo Editorial: **Isabel Gortázar, Camila Batlles, José Luis Sánchez, Edistudio**
Canciones: **Rosa León**
Sonorización: **Gritos y Susurros, S.A.**

Publicado por:
SALVAT EDITORES, S.A.
Mallorca, 41-49. Barcelona, 29. España.

© SALVAT EDITORES, S.A., Barcelona, 1983
© MARSHALL CAVENDISH, London, 1983

Impreso por:
Cayfosa
Sta. Perpetua de Moguda (Barcelona)
Depósito legal: B. 2.956-1983
ISBN: 84-345-6148-4

Printed in Spain

Dirección en Argentina:
Salvat Editores Argentina, S.A.
Corrientes, 2777. BUENOS AIRES.
Distribuidor para la Capital Federal y el Gran Buenos Aires: Distribuidora RUBBO, Garay, 4226. Distribuidor para el interior: Distribuidora SADYE, S.A. Belgrano, 355.

Dirección en Colombia:
Salvat Editores Colombiana, S.A.
Carrera, 10, N.º 19-65, 4.º piso, Edificio Camacol
Apartado aéreo 6552. BOGOTA.

Dirección en Chile:
Salvat Editores Chilena, Ltda. Providencia, 2008, Dpto A
SANTIAGO DE CHILE.

Dirección en Ecuador:
Salvat Editores Ecuatoriana, S.A.
Carondelet 208, y 10 de Agosto
Casilla 2957. QUITO.

Dirección en México:
Salvat Mexicana de Ediciones, S.A. de C.V.
Mariano Escobedo, 438. MEXICO 5 DF.

Dirección en Perú:
Salvat Editores Peruana, S.A.
Avda. Grau, 768. Miraflores. LIMA.

Dirección en Puerto Rico:
Salvat Ediciones de PR INC. G P O BOX 4846
San Juan. PUERTO RICO 00936.

Dirección en Venezuela:
Salvat Editores Venezolana, S.A.
Gran Avenida, Edificio Arauca. CARACAS.

CUENTA CUENTOS se publica en forma de 26 fascículos de aparición quincenal, cada uno de los cuales consta de 36 páginas, incluidas las cubiertas y un encarte de 4 páginas para colorear. Con cada fascículo se distribuye una cassette, de unos 45 minutos de duración, en donde se reproducen los 182 cuentos, 12 canciones y 14 poemas de la serie, convenientemente sonorizados.

Título	**Ilustrador**	**Narrador**
Los duendes y el zapatero	Richard Hook	Rafael Turia
El señor tigre	Gillian Chapman	Josep M. Angelat
Gobolino, el gato aventurero	Francis Phillipps	Marta Martorell
Pipo en Arcadia (II)	Malcolm Livingstone	M.L. Solá, R. Turia, J. Gaya
El niño que quería un arco iris	Victor Ambrus	María Luisa Solá
El zorro glotón	Malcolm Livingstone	Rafael Turia
Simbad y el valle de los Diamantes	Mark Copeland	José Gaya
El burro enfermo (canción)	Montse Ginesta	**Voz:** Rosa León. **Arreglos musicales:** F. Aldaz, G. Vicente, I. Sáenz de Tejada

Los duendes y el zapatero

La mujer del zapatero dijo inquieta a su marido:

–¿No puedes trabajar más rápido, querido?

El zapatero sonrió:

–Claro que podría. Podría cortar el cuero con menos cuidado y dar puntadas más grandes. Pero quiero ofrecer a mis clientes lo mejor de lo mejor. Y eso lleva tiempo.

–Lo sé, querido, pero no queda dinero para comprar más cuero. Vas tan despacito que un par de zapatos te lleva dos días.

–Hago lo que puedo –respondió con tristeza el zapatero–. Mi vista no es tan buena como antes, y mis dedos ya no son tan ágiles.

El zapatero siguió con su lento y meticuloso trabajo. Y así, pronto se acabó el dinero y se terminaron el ante y las pieles para hacer zapatos. En la mesa sólo quedaba una tira de cuero.

Su esposa le preguntó:

–¿Qué vamos a hacer mañana, cuando ya no quede cuero ni zapatos que vender?

El zapatero sonrió.

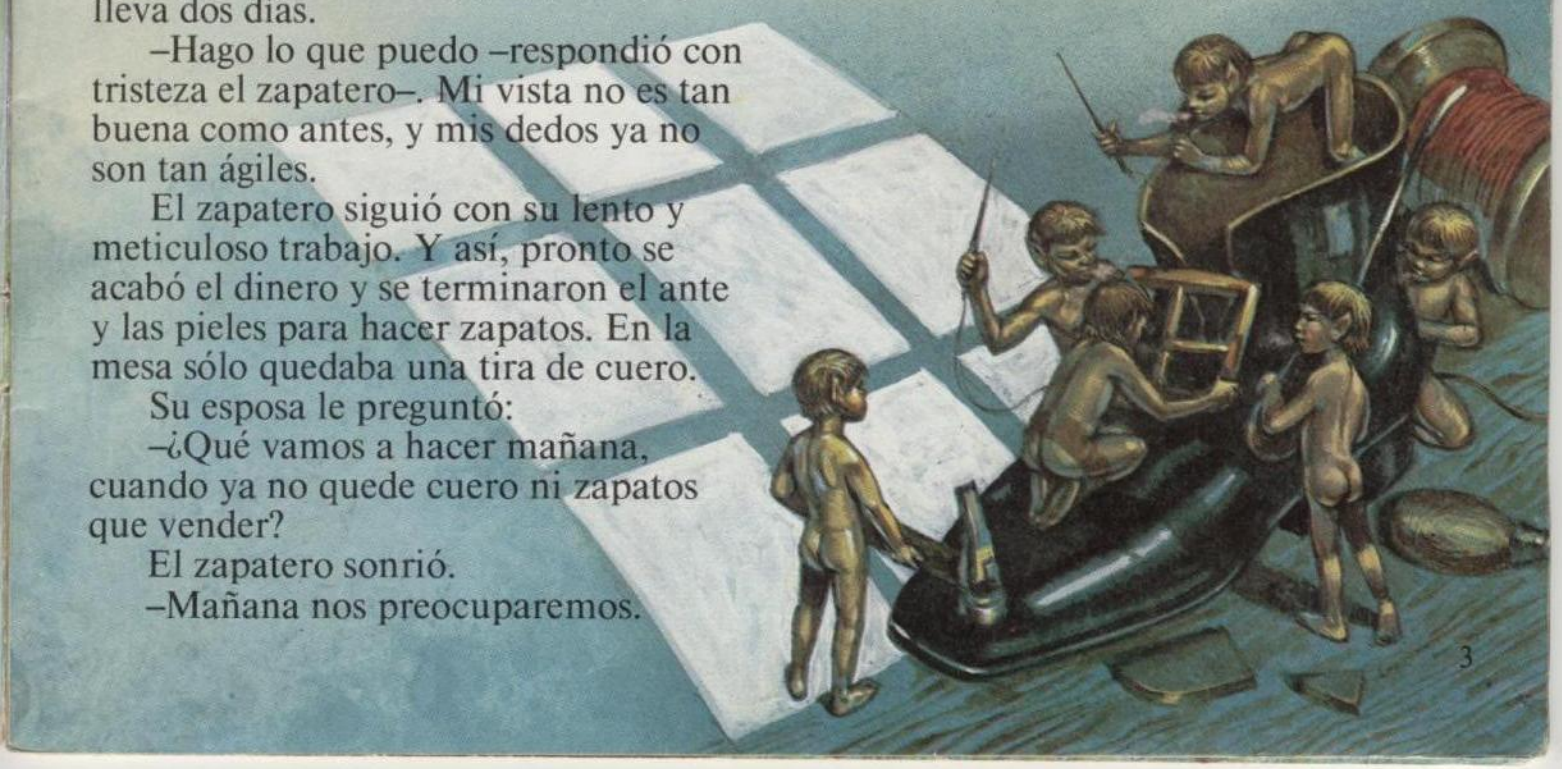
–Mañana nos preocuparemos.

Pasó el día entero cortando un calzado con aquella última tira de cuero. Pensaba... "seguramente éste será el último par de zapatos que haré en mi vida, así que me gustaría que fuera el mejor".

Se fue a la cama dejando las plantillas ya cortadas en su mesa de trabajo.

–Qué pena que seamos pobres –le dijo a su mujer antes de dormirse.

–Tú ya haces lo que puedes –le consoló ella–. No se puede pedir más.





A la mañana siguiente, el zapatero se limpió las gafas, enhebró la aguja y buscó los pedazos de cuero. Pero algo increíble había ocurrido. En el centro de la mesa había unos zapatos terminados, perfectos y brillantes hasta la última hebilla. Alguien los había acabado mientras él dormía.

–¡Fíjate qué maravilla! –exclamó, y se los mostró a su esposa–. ¡Mira qué hermosas puntadas! ¿Quién habrá hecho el trabajo?

Era un par de zapatos tan perfecto que lo vendieron por el doble de dinero. Aquel día el viejo zapatero pudo comprar otra tira de cuero y cortó dos pares de zapatos. De noche los dejó en la mesa y se fue a dormir mucho más contento. A la mañana siguiente encontró los dos pares acabados hasta los mismos cordones con sus remates.

–¡Es una obra de arte! –dijo el zapatero a su mujer. Los zapatos se vendieron a un precio tan estupendo que esta vez pudo comprar cuero para cuatro pares. Por la noche unas manos misteriosas cosieron los cuatro pares.

–¡Qué magnífica hechura! –exclamaban los clientes. Y vinieron de muy lejos a comprarle zapatos. El zapatero vendió a las damas zapatillas de baile, en bonito terciopelo, y botas de montar, largas y relucientes, a los caballeros.

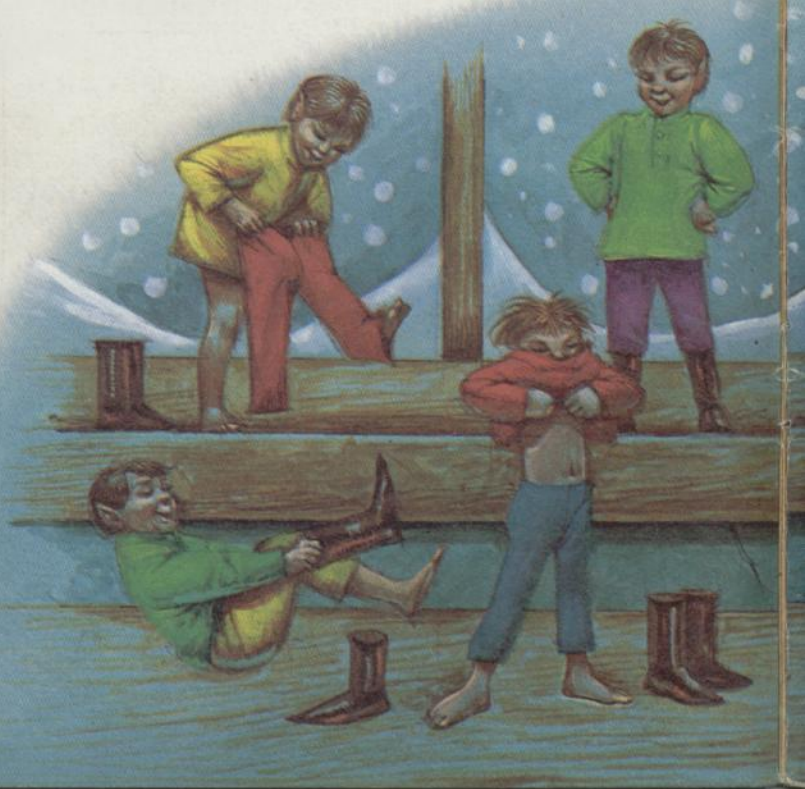
–¡Tenemos cuero para toda la vida! –dijo, feliz, la mujer del zapatero– ¡Y viene tanta gente a comprar esos zapatos que casi somos ricos!

Pero el zapatero estaba pensativo.

–¿No te gustaría saber quién nos ayuda por las noches? Ya es hora de que lo averigüemos.

Así que una noche fría, la víspera de Navidad, el zapatero dejó sobre la mesa el cuero cortado y se escondió con su mujer en un rincón.

Al dar la medianoche, seis duendecillos desnudos salieron uno tras otro de detrás del reloj. Subieron a la mesa y al momento se pusieron a



coser y a martillar, a hacer nudos y a dar lustre. De cuando en cuando paraban para soplarse las manos heladas, para calentarse los pies brincando en el suelo, o para acurrucarse unos contra otros y así combatir el frío del invierno. Tiritaban de la cabeza a los pies.

–Pobres criaturas –dijo la mujer–. Tanto trabajar para nosotros y... no tienen ni siquiera una camisa y unas botas.

–Deberíamos hacerles un regalo para agradecerles sus servicios –respondió el zapatero.

Al día siguiente, muy temprano, su esposa empezó a coser camisas y pantalones de una tela abrigada y alegre. El zapatero sacó su aguja más fina y su cuero más blando e hizo un par de lindas botas para cada uno.

La noche de Navidad, pusieron sobre la mesa estos regalos y se escondieron en el rincón. Hacía un frío tremendo. Los duendecillos salieron tiritando y dando diente con diente; de sus bocas salían humaredas de aliento que se helaba en contacto con el aire. Al principio se quedaron asombrados al no encontrar cuero para coser. Pero luego vieron la ropa y comprendieron que era para ellos. Se la pusieron y empezaron a bailotear, riendo y dando palmadas con las manos ya calientes gracias a sus nuevos guantes de lana.

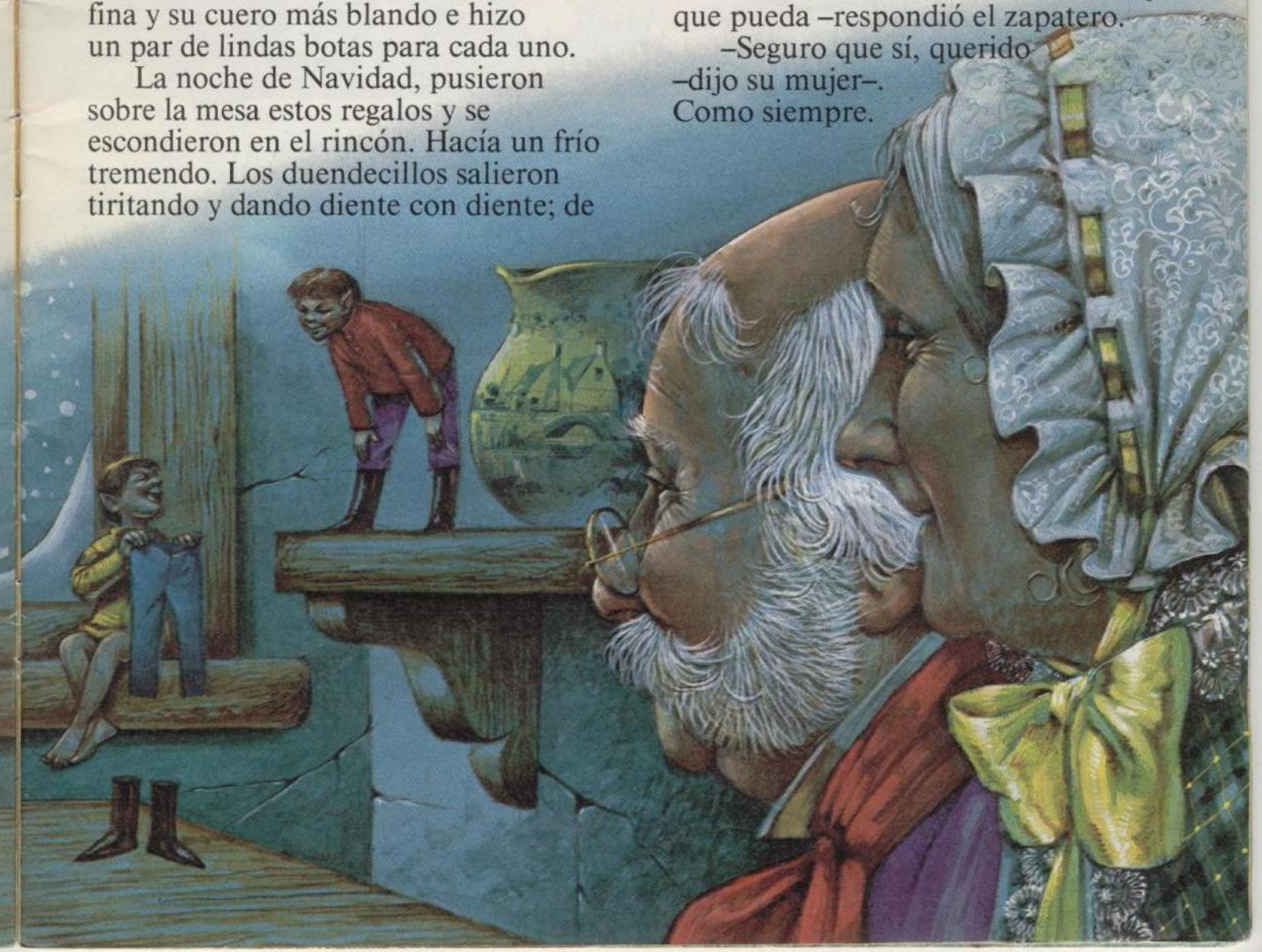
–¡Se acabó el hacer zapatos! ¡Ahora somos gente elegante!

Y cantando y bailando salieron a la calle por la puerta de la tienda.

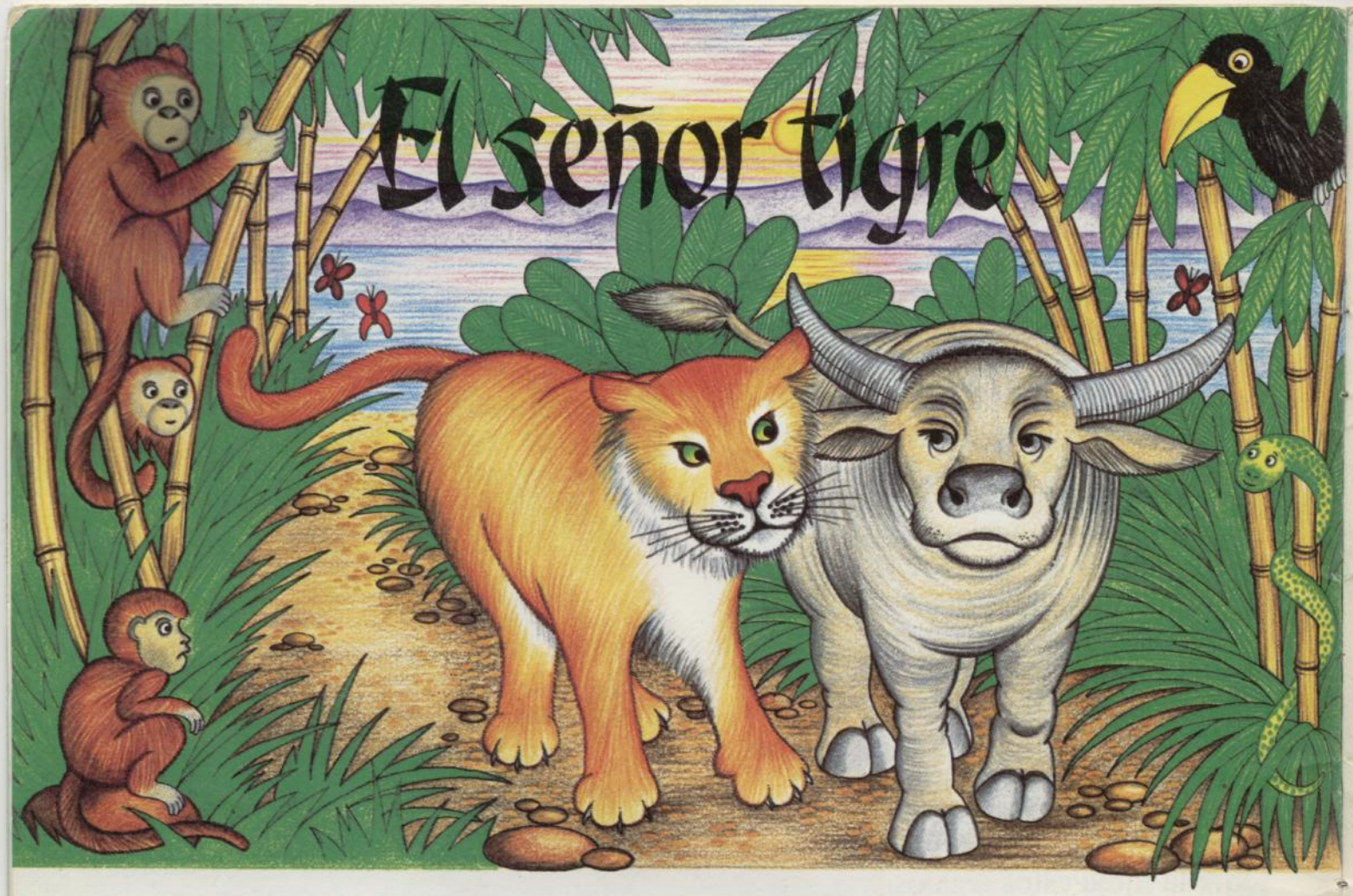
–Nos hemos quedado sin la ayuda de los duendecillos –dijo riendo la mujer del zapatero–. ¿Qué vas a hacer ahora que viene tanta gente a comprarte calzado?

–Sencillamente, haré todo lo mejor que pueda –respondió el zapatero.

–Seguro que sí, querido –dijo su mujer–. Como siempre.



El señor tigre



Hace muchos, muchísimos años, cuando las personas y los animales hablaban todavía el mismo idioma y el tigre tenía una piel de color amarillo brillante, una tarde el búfalo regresaba a su casa, después de bañarse en el río. Iba canturreando una canción, con la nariz bien alta, porque en aquel tiempo aún tenía la nariz saliente y el labio superior entero. Su hocico apuntaba hacia el cielo y no se dio cuenta de que el tigre le seguía hasta que oyó a su lado un ronco "buenas noches".

El búfalo hubiera echado a correr muy a gusto, pero no quería parecer cobarde. Así que siguió su camino mientras el tigre le daba conversación.

–No se te ve mucho por el bosque. ¿Sigues trabajando con el hombre?

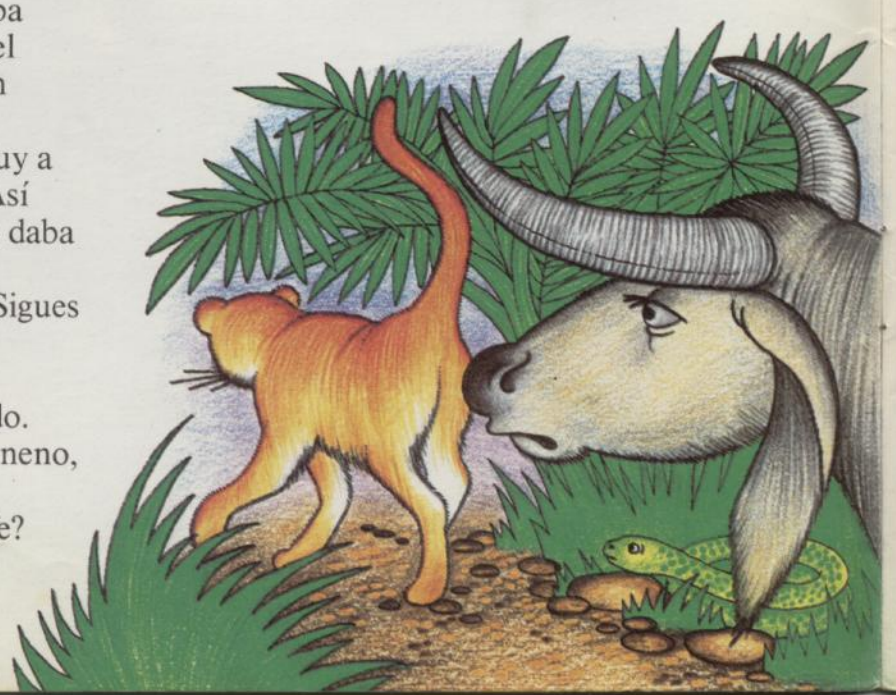
El búfalo dijo que sí.

–¡Qué cosa tan rara! No lo comprendo. ¡Caray!, el hombre no tiene zarpas, ni veneno, ni demasiada fuerza, y encima es muy pequeñajo. ¿Por qué lo aceptas como jefe?

–Yo tampoco lo comprendo –contestó el búfalo–. Supongo que será por su inteligencia.

–In-te-li... ¿qué?

–Inteligencia es algo especial que tiene el hombre y que le permite dominarme a mí, y también al caballo y al cerdo, al perro y al gato –explicó el búfalo con aire sabiondo, contento de saber más que el tigre.



–Interesante, pero que muy interesante. Si yo tuviera esa inteli- lo que sea, la vida me sería mucho más agradable. Todos me obedecerían sin esas carreras y esos saltos que ahora tengo que dar. Me tumbaría en la hierba y escogería los bichos más gordos para mi comida. ¿Tú crees que el hombre me vendería un poco de su in-te-li-gen-cia?

–No... no lo sé –murmuró el búfalo.

–Se lo preguntaré mañana. ¡No se atreverá a negarse, digo yo! –gruñó el tigre, y desapareció en la oscuridad.

El búfalo se encaminó lentamente hacia su casa, un poco asustado, temiendo haber hablado de más. Pero después de la cena se tranquilizó. "El tigre nunca viene a los arrozales", pensó antes de dormirse.

A la mañana siguiente, cuando llegó al campo con su amo, el búfalo vio que había juzgado mal al tigre, porque ya estaba allí esperando. Incluso había preparado un discurso para aquel encuentro.

–No te asustes, amo hombre –dijo el tigre amablemente–. He venido en son de paz. Me han dicho que posees una cosa llamada in-te-li-gencia, y quisiera comprártela. Desearía hacerlo en seguida, porque tengo mucha prisa. ¡Todavía no he desayunado!, ¿comprendes?

El búfalo se sintió muy culpable. Pero entonces oyó que el campesino respondía:

–¡Qué gran honor! ¡El señor tigre en persona visitando mi humilde campo y dándome la oportunidad de servir a un animal tan grande y tan hermoso!

Y le hizo una reverencia como si estuviera ante el propio emperador.

El tigre, lleno de orgullo, respondió:

–Por favor, no hagas ninguna ceremonia por una simple criatura como yo. Sólo he venido a comprar...

–¿Comprar? –le interrumpió el campesino–. ¡Ni pensarlo! Insisto en regalártela, para que sea un recuerdo de esta grata visita que tanto honor me hace.

–Oh, qué amable por tu parte. Nunca pensé que el hombre tuviera tan buenos modales –dijo el tigre; pero, en realidad, estaba pensando para sus adentros: "¡Vaya día de suerte! Primero me reciben como a un rey, luego me dan la in-te-li-gencia gratis y después me zampo al campesino para abrir el apetito y al búfalo para desayunar".

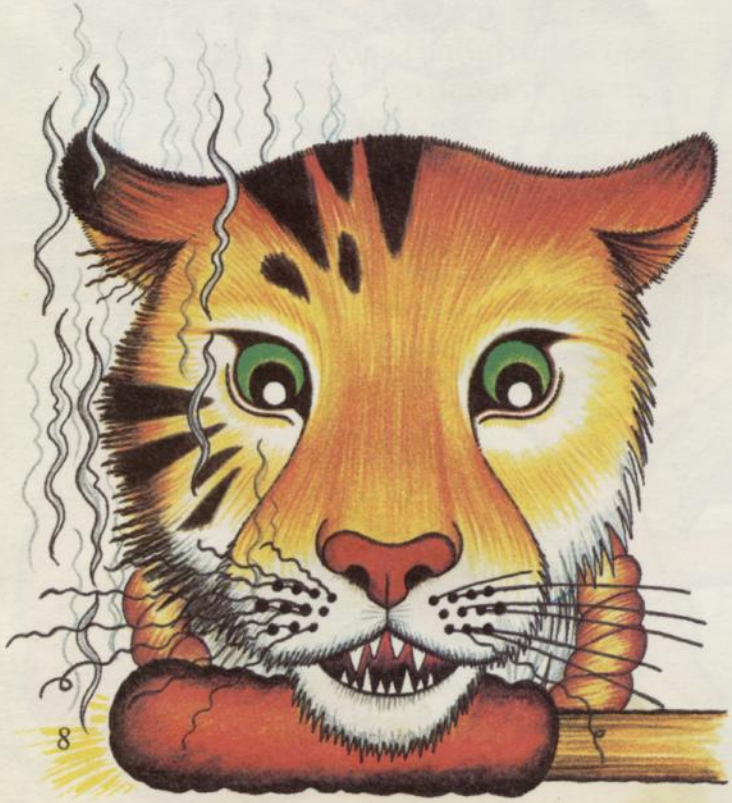
Los ojos le brillaban como dos estrellas verdes mientras insistía:

–Me la darás ahora mismo, espero.





–Lo haría con mucho gusto, pero siempre dejo la inteligencia en casa cuando salgo a trabajar –contestó el campesino, que había advertido el brillo de gula en los ojos del tigre–. Ya ves, vale demasiado para que me arriesgue a perderla, y, además, aquí no la necesito.



Pero voy corriendo a casa y te la traigo ahora mismo.

Avanzó unos pasos, pero se volvió en seguida.

–¿Has dicho que todavía no habías desayunado?

–Sí. ¿Por qué lo preguntas?

–Porque en ese caso no puedo dejar contigo al búfalo. Te lo comerías.

–Te prometo que no me lo comeré. Por favor, ¡date prisa!

–No dudo de tu promesa, pero si la olvidas y te comes al búfalo ¿quién me ayudará en mi trabajo? Por otra parte, es tan lento que, si lo llevo conmigo, tardaríamos horas en ir a casa y volver, y no quisiera hacer esperar a Su Excelencia. Claro que, si permites que te ate a aquel árbol, el búfalo podría quedarse aquí sin miedo.

El tigre aceptó.

"Me los comeré a los dos más tarde", pensó mientras el campesino le ataba fuertemente al árbol. Y la boca se le hacía agua sólo con imaginar el sabor del gran búfalo, del hombrecito moreno y de aquella cosa nueva que se llamaba in-te-li-gencia.

Al cabo de un rato el campesino regresó.

–¿La has traído? –preguntó el tigre impaciente.

–Claro –respondió el campesino, enseñándole una cosa que ardía en la punta de un palo.

–Pues dámela, ¡aprisa! –ordenó el tigre.

El campesino obedeció. Puso la antorcha bajo los bigotes del tigre y empezaron a arder. Le acercó el fuego a las orejas, al lomo, a la cola, y por donde rozaba le dejaba la piel chamuscada.

–¡Me quema, me quema! –aullaba el tigre.





–Es la inteligencia –dijo con ironía el campesino–. Ven, búfalo, vámonos.

Pero el búfalo no podía irse. Se tronchaba, se moría de risa. Figúrate al señor tigre, el terror de la selva, dejándose atar a un árbol para luego ser quemado con una antorcha.

¡Una escena graciosísima! El búfalo se revolcaba por la hierba, sin poder dejar de reír, hasta que su hocico chocó contra un tocón de árbol que le partió en dos el morro y le aplastó la nariz. Y todavía hoy se ven los resultados de este accidente en sus descendientes.

¿Y qué pasó con el tigre? Pues que rugió y pataleó, y poco después las llamas quemaron la cuerda y por fin pudo escapar. Pero la cuerda ardiendo le había chamuscado tanto su piel amarilla que, por mucho que se lavó, no pudo borrarse las rayas negras que le quedaron marcadas. Y esa es la razón de que el tigre tenga rayas.





GOBOLINO
el gato aventurero

Brincando por un camino polvoriento, el pequeño Gobolino se preguntaba qué aventuras le aguardarían. Cuando nació era el gato de una bruja. Hasta ayer había sido un feliz gato faldero, pero ahora debía emprender una nueva vida.

Al atardecer llegó a una ciudad bulliciosa. Las luces de las ventanas le hacían guiños y parecían grandes ojos amarillos. En montones de hogares felices crepitaba la lumbre, y gatos gordos y comodones dormitaban bajo las sillas. Pero Gobolino no pertenecía a nadie... y nadie pertenecía a Gobolino.

Saltó al alféizar de una ventana y echó una ojeada al interior. Dentro de la habitación se veían docenas de grandes jaulas. Y dentro de cada jaula había un gato sentado en un cojín de terciopelo azul.

Un anciano estaba sentado ante una mesa cortando carne y poniéndola en doce platos azules. La piel de los gatos era muy lustrosa, tenían los ojos brillantes y los bigotes limpios. Gobolino les oía ronronear incluso a través de la ventana.

"Se les ve muy cuidados y contentos", pensó. "Pero nadie que tenga tantos gatos querría tener otro más."

En aquel momento, se abrió la puerta de par en par y se oyó una voz que decía:
–Gatito, gatito, lindo gatito, ¡ven aquí!

"¡Oh, me está llamando a mí!", pensó Gobolino entusiasmado.

El anciano recogió a Gobolino y lo depositó en una jaula vacía con un cojín azul y un plato de carne.

Al cabo de un rato, Gobolino se dirigió a la gata de la jaula vecina. –¿Qué hacemos en

estas jaulas? –le preguntó.

–¿No lo sabes? –se burló la gata–. Ahora eres un gato de exposición.

Por la mañana, el anciano cepilló y peinó a sus gatos uno por uno. Se sorprendió un tanto al ver las chispitas de colores que salían de la piel de Gobolino, pero no dejó de decirle lo bonito que era.

–¡Qué piel, qué cola, qué colorido y qué preciosos ojos azules!...

Los otros gatos gruñeron.

–Mira, están celosos –dijo el anciano mientras anudaba una cinta roja alrededor del cuello de Gobolino.

–¿A qué viene tanto alboroto? –preguntó Gobolino a la gata de al lado.

–¿No lo sabes? –contestó ella desdeñosa–. Mañana es el día de la exposición de gatos. Van a llevarnos a todos.

Mucho antes de llegar, Gobolino pudo oír los maullidos de los cientos y cientos de gatos reunidos en la exposición: allí habían gatos grandes, pequeños; gatos negros, blancos, atigrados; gatos persas; gatos gordos, flacos, guapos, feos..., y todos los gatos de nuestro anciano. Entre ellos estaba Gobolino, el gato de la bruja, con sus ojos candorosamente azules.

Al ver a Gobolino, algunos gatos empezaron a cuchichear: –¿Quién es ese gato negro tan raro? No estaba aquí el año pasado.

–No, es nuevo –decían otros.

Aunque Gobolino no podía oír todas las frases, las jaulas eran todas un susurro: "¡Gobolino! ¡Gobolino! ¡Gobolino!"

Fueron pasando los jueces examinando a los gatos. Al cabo de un rato, sacaron unas tarjetitas de colores y las prendieron en los más bonitos. El vecino de Gobolino tenía una tarjetita de color rojo en la que ponía "PRIMER PREMIO". El gato de enfrente llevaba una azul. El anciano corrió entre las jaulas acariciando a los que habían conseguido premios y prometiéndoles toda clase de ricos manjares para la cena.

Entonces, el juez principal se levantó para proclamar al mejor gato de la exposición. ¡Era Gobolino!

Por unos momentos reinó un gran silencio; después, silbidos; luego, bufidos, y, finalmente, grandes lamentos. Los iracundos gatos continuaron protestando hasta que, de una de las jaulas, surgió un gran rugido: "¡Gobolino es el gato de una bruja!". Por todas las jaulas se extendió el furioso murmullo: "¡Gobolino es el gato de una bruja!".

Al oír los silbidos y los bufidos, los jueces se pusieron pálidos.

–¿Por qué, por qué nacería yo en casa de una bruja? –dijo Gobolino acurrucándose en su jaula–. No quiero ganar premios. Sólo quiero un hogar. ¿Qué va a ocurrirme ahora?

El anciano fue obligado a marcharse de allí rápidamente y a llevarse todos sus gatos.



Al salir, abrió la puertecita de la jaula de Gobolino y le dejó abandonado en la calle tras increparle.

–¡Criatura miserable! ¡Aléjate! No quiero volver a verte nunca más.

Colocó a los demás gatos en su carreta, fustigó al flaco caballito y se alejó a galope entre una nube de polvo.

A Gobolino no le dio ninguna pena verlos marchar. En verdad, no le había gustado nada ser un gato de exposición, y eso de vivir en una jaula le parecía muy aburrido. "Estoy seguro de que, en alguna parte, hay un hogar donde me querrán", pensó.

Dejando atrás la ciudad, Gobolino corrió hacia el sur en dirección al mar. Pasó por ciudades y villas, por cabañas y por granjas. Pero en ninguna parte le recibieron bien. Así pues, su corazón dio un brinco cuando divisó el mar, con sus reflejos de plata, y los barcos, de grandes velas blancas.

Al llegar al muelle, se sentó al sol y no se cansaba de mirar los barcos, las gaviotas y los marineros. Súbitamente, de entre un montón de cuerdas salió un ratón. Gobolino lo cazó de un solo zarpazo.

–¡Bien hecho! –dijo alguien tras él. Era la voz de un joven marinero que le miraba con una sonrisa amistosa.

–En mi barco, el Mary Cruz, hay muchos ratones, y no tenemos ningún gato. ¿Te gustaría venir con nosotros para atraparlos?

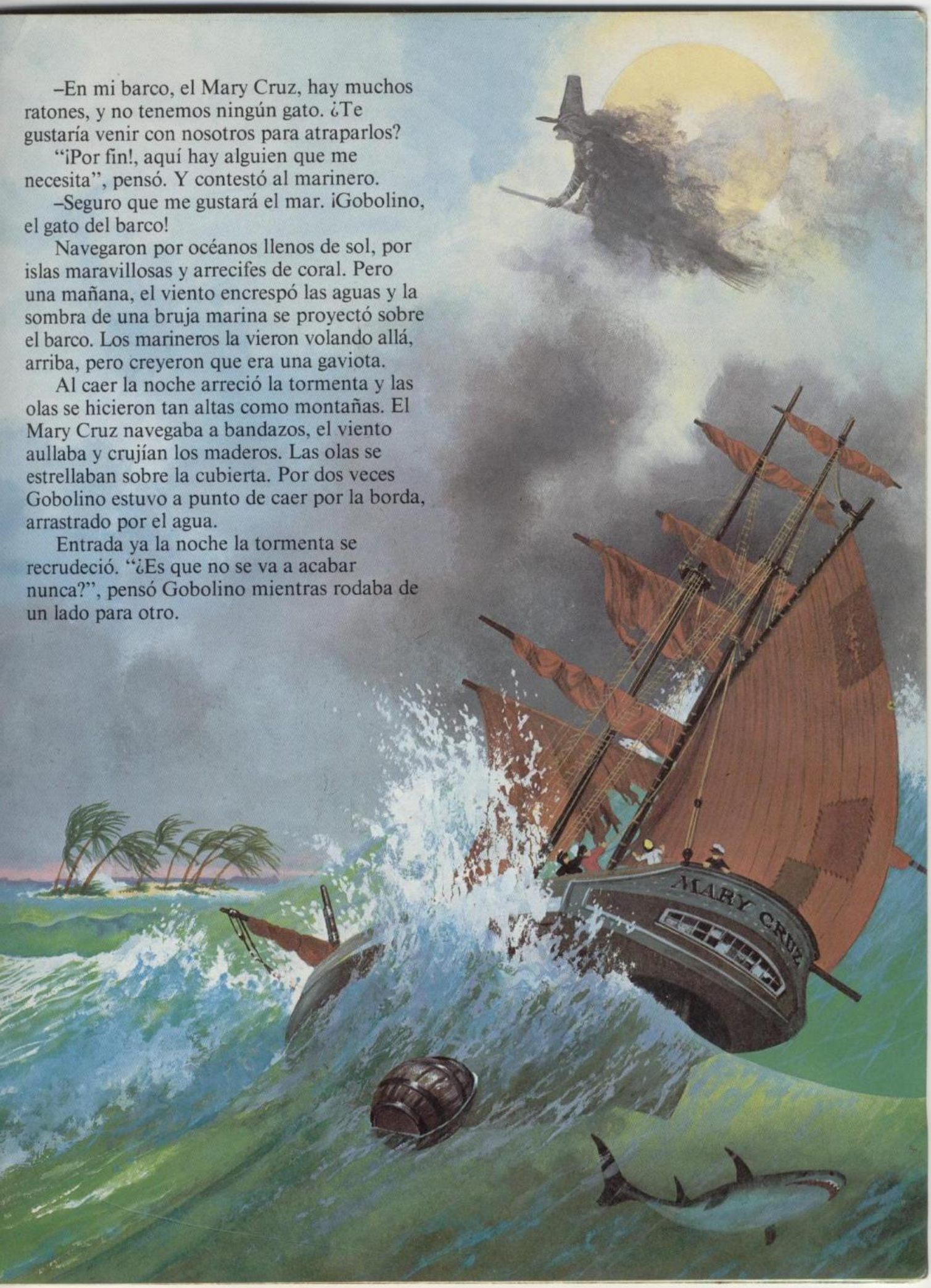
"¡Por fin!, aquí hay alguien que me necesita", pensó. Y contestó al marinero.

–Seguro que me gustará el mar. ¡Gobolino, el gato del barco!

Navegaron por océanos llenos de sol, por islas maravillosas y arrecifes de coral. Pero una mañana, el viento encrespó las aguas y la sombra de una bruja marina se proyectó sobre el barco. Los marineros la vieron volando allá, arriba, pero creyeron que era una gaviota.

Al caer la noche arreció la tormenta y las olas se hicieron tan altas como montañas. El Mary Cruz navegaba a bandazos, el viento aullaba y crujían los maderos. Las olas se estrellaban sobre la cubierta. Por dos veces Gobolino estuvo a punto de caer por la borda, arrastrado por el agua.

Entrada ya la noche la tormenta se recrudeció. "¿Es que no se va a acabar nunca?", pensó Gobolino mientras rodaba de un lado para otro.



Al amanecer la tormenta continuaba. Pero entonces Gobolino escuchó un sonido nuevo. Era la voz de la bruja marina que entonaba esta canción:

Por fin el Mary Cruz al fondo se hundirá,
de su tripulación nadie se salvará,
pues ningún marinero de cuantos lleva dentro
sabría deshacer mi viejo encantamiento.

Un antiguo recuerdo asaltó a Gobolino. Recordó que, hacía mucho, mucho tiempo, estando en la cueva de la bruja, había escuchado las siguientes palabras: "Sólo hay una manera de deshacer el encantamiento de una bruja: se ha de saltar sobre su sombra y gritar ¡TONTERIAS!".

Nadie vio al gatito trepar por los cabos del barco hasta el nido de la corneja. Hubo de agarrarse bien fuerte. Las olas empapaban su piel y llenaban de agua sus ojos.

Como el sol estaba cubierto por grandes nubes, la bruja marina no proyectaba sombra alguna. De repente, retrocedieron las nubes y el sol apareció en un trocito de cielo azul. Los marineros descubrieron a Gobolino allá arriba, sobre ellos, y escucharon su voz que resonaba más fuerte que la misma tempestad:

–¡Ama, oye, ama!, ¿no me conoces? Soy Gobolino, el gato de la bruja: no dejes que me ahogue en este horrible barco.

La bruja marina, al oírle, le contestó:

–¿Es eso cierto? ¿Qué estás haciendo a bordo del Mary Cruz?

–Me subieron los marineros. No me pude escapar.



–¡Los gatos de las brujas saben nadar como focas! –replicó la bruja marina acercándose cada vez más al barco–. ¡Tírate al agua y nada! Cuando el barco se haya ido a pique te recogeré con mi escoba y te llevaré a casa.

–¡Está tan lejos y es tan profundo! –sollozó Gobolino–. Tengo miedo. ¡Oh... me estoy cayendo!

–¡Bueno, venga! –dijo la bruja–, prepárate para saltar a mi escoba cuando yo pase.

Justo cuando la luz empezaba a palidecer, cruzó la bruja por delante del sol. Su sombra se proyectó sobre la cubierta por un instante. Gobolino saltó, pero no a la escoba, sino encima de su sombra, gritando en voz muy alta ¡TONTERIAS! mientras caía.

Con un rugido de ira, la bruja desapareció.

–¡Traidor, traidor! –gritó, en el momento que el viento la engullía. De repente, se hizo sobre el mar una gran calma. El Mary Cruz estaba a salvo.

Los marineros no comprendían lo que pasaba y murmuraban cosas sobre Gobolino.

–No era una gaviota. ¡Era una bruja!

–Y él hablaba con ella. ¡Yo le oí!

–Dijo que era un gato de bruja.

–No me extraña que la bruja persiguiera al barco.

Todos miraban a Gobolino y nadie quería cogerle en brazos ni acariciarle.

El gato se sentó en cubierta, triste y solitario. Al mediodía, se acercó a hablarle el capitán.

–Oye, Gobolino –dijo afectuosamente–, me temo que tendremos que separarnos. Mis marineros se niegan a trabajar hasta que no te marches. Trae mala suerte llevar a bordo al gato de una bruja.

Gobolino asintió, y el propio capitán le llevó a tierra.

Los marineros despidieron al gato con grandes saludos, pero él no quería mirar atrás y ver como se alejaba el Mary Cruz dejándole en tierra.

Así que siguió adelante valientemente pensando para sus adentros: "No importa. Seguro que alguien ha de querer pronto al pequeño Gobolino".

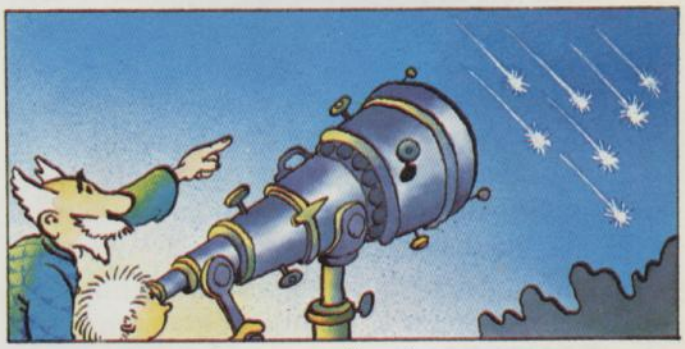
(Continuará en el próximo fascículo.)



PIPO en Arcadia



Una noche Pipo y su tío Emo contemplaban las estrellas a través de un telescopio.



–¡Mira, Pipo! Son estrellas fugaces. ¿Las ves? Allá.



–Han caído justamente en el bosque. Corre, vamos a buscarlas.



–Un momento. Hay algo más. –¡Parece un cohete!



–Es un avión-cohete... y ha perdido el control. ¡Rápido, al suelo!



–El piloto ha salido despedido. ¡Oh!... ¿Está usted bien?



–Creo que sí. ¿Habéis visto siete estrellas?
–Sí, acaban de caer al bosque.



–¿Me ayudaríais a buscarlas?
–Naturalmente. Vamos. Vamos, Pipo.



–Tú también, amiga aspiradora, tú también puedes ayudarnos.



–Mirad estos agujeros. Seguro que las estrellas han caído por aquí.



–¡Yo veo una!
–Y aquí hay otra, y otra más...

–Y otra aquí. Creo que ya están las siete.
–¿Estáis bien, estrellas? ¿Qué ha pasado?



–Caímos a tierra.
–¿Cómo vamos a volver?



–No sé. Mi avión se ha estrellado cuando venía a buscaros.



–Ya lo tengo, voy a llevaros en mi aspiradora mágica. Es fácil. ¡Subid todas!



–¿Dónde vivís?
–En la luna.



–Jamás hubiera pensado que un día iba a colgar estrellas en el firmamento.



–¡Mira, Pipo! Ahí está tú amigo.
–Es el hombre de la luna. ¡Hola!

(Seguirá en el fascículo 3.)

EL NIÑO QUE QUERIA UN ARCO IRIS



Todos los días, Juanito volvía andando de la escuela por un verde y delicioso valle, en el que crecían las campanillas y pacían las ovejas. Siempre iba silbando. Juanito sabía silbar más canciones que todos sus amigos; se acordaba de todas las canciones que escuchaba porque había nacido en un molino, en el momento justo en que el viento cambiaba del sur al oeste. También podía ver cómo soplaba el viento, y esto es algo que muy poca gente puede observar.

Un día, al caminar hacia casa por el sendero, Juanito oyó al viento del oeste que se quejaba y suspiraba.

–¡Ay de mí! ¡Ay! ¡Oh, soplar y resoplar! ¡La he olvidado!

–¿Qué es lo que has olvidado, Viento? –preguntó Juanito, volviéndose para mirarlo. Estaba pardo, azul y tembloroso, y tenía manchas doradas.

–¡Mi canción! ¡He olvidado mi canción favorita!

Juanito silbó una melodía y preguntó al viento:

–¿Es ésta tu canción?

El viento se quedó encantado.

–¡Sí! ¡Esa es! ¡Qué listo eres, Juanito! –y revoloteó a su alrededor, jugueteando amable y despeinándole.

–Te haré un regalo –dijo, y siguió cantando la melodía que le había silbado Juanito–. Será un tesoro: una llave de plata y un rizo de oro.

Juanito no sabía para qué podían servirle estas cosas, de modo que se apresuró a decir:

–¡Oh, no! Por favor, preferiría un arco iris para mí solo.

Y es que, con frecuencia, en el cielo de



aquel valle salían preciosos arco iris, aunque para Juanito siempre desaparecían demasiado pronto.

–¿Un arco iris para ti solo? Es difícil –dijo el Viento–. Muy difícil. Toma un cubo y ve caminando por el campo hasta que llegues al Salto del Pavo Real. Llena el cubo de gotas de agua. Tardarás bastante. Pero cuando lo tengas lleno, encontrarás dentro algo que puede darte un arco iris.

Por suerte, el día siguiente era sábado. Juanito cogió su almuerzo y un cubo, y caminó por el campo hasta las cataratas, llamadas "Salto del Pavo Real", en donde el agua, al saltar por las rocas, formaba unas gotitas que resplandecían con unos colores maravillosos, como los de un pavo real.

Juanito permaneció todo el día en las cataratas, recogiendo con el cubo las gotas de agua. Por fin, ya cuando se iba a poner el sol, tuvo todo el cubo lleno, justo hasta el borde. Entonces vio dentro del cubo algo que se movía de aquí para allá, y que relucía con los brillantes colores del arco iris.

Era un pececillo.

–¿Quién eres? –dijo Juanito.

–Soy el Genio de la catarata. Echame otra vez al agua y te recompensaré con un regalo.

–Sí –dijo el niño–, te echaré al agua, pero, por favor, ¿puedes darme un arco iris que me quepa en el bolsillo?

–¡Hmmm! –dijo el Genio–. Te daré un arco iris, pero no es fácil de guardar. Creo que ni siquiera conseguirás llevártelo a casa. Pero si quieres uno, aquí lo tienes.

El genio saltó del cubo y se sumergió en la cascada.

Entonces salió de las gotas de agua un arco iris, que fue a posarse en el cubo de Juanito.

–¡Qué maravilla! –exclamó. Tomó el arco iris con las dos manos, sosteniéndolo como una bufanda, y se quedó admirado de sus brillantes colores. Lo enrolló con gran cuidado y se lo guardó en el bolsillo. Luego emprendió el camino de regreso hacia su casa.



Al atravesar el bosque oyó que alguien lloraba, escondido en un rincón oscuro entre los árboles. Se acercó para averiguar qué era y vio a un tejón que había caído en una trampa.

–Querido niño –gimió el tejón–, déjame salir, o vendrán los hombres y los perros y me matarán.

–Me gustaría ayudarte, pero para abrir esa trampa necesitaría una llave.



–Con la punta de ese arco iris que veo en tu bolsillo podrás forzar la puerta.

Y así fue. Cuando Juanito empujó la punta del arco iris entre los bordes, la trampa se abrió y el tejón pudo escapar.

–Muchas gracias, muchas gracias –masculló, y desapareció en su guarida.

Juanito enrolló de nuevo el arco iris y se lo guardó en el bolsillo. Pero los afilados dientes de la trampa habían rasgado un gran trozo del arco iris, y el trozo se disipó.

En el lindero del bosque había una casita en la que vivía la vieja señora Benita. Tenía muy mal carácter. Si por casualidad caía una pelota en su jardín, la cocinaba en el horno hasta convertirla en carbón. Y todo lo que comía era de color negro: pan quemado, té negro, aceitunas negras. Llamó a Juanito y le dijo:

–Oye, chico, ¿me das un pedacito de ese arco iris que te asoma por el bolsillo? Estoy muy enferma. El médico me ha recomendado un pastel de arco iris para curarme.

A Juanito no le apetecía nada darle un pedazo de su tesoro, pero la mujer parecía muy enferma. De mala gana entró en la cocina y ella cortó un gran pedazo de arco iris con un cuchillo de pan. Luego preparó una





pasta dura con harina y leche hervida, añadió el trozo de arco iris y cocinó la mezcla. Dejó enfriar el pastel, lo cortó en pedazos y se los comió con mantequilla y azúcar. Juanito también probó un trozo. Estaba delicioso.

–Es lo mejor que he comido en todo el año –dijo doña Benita–. Estoy harta del pan negro. Noto que este pastel me está sentando muy bien.

Tenía mejor aspecto. Se le colorearon las mejillas y empezó casi a sonreír. Juanito, por su parte, después de haber comido su pedazo de pastel, creció tres centímetros.

–Más vale que no sigas comiendo –dijo la señora.

Juanito guardó en el bolsillo el pedazo de arco iris. Ya no quedaba mucho.

Cerca del molino de viento donde vivía, su hermana Marita le salió al encuentro. Tropezó con una piedra, cayó al suelo y se hizo una herida en la pierna. La herida sangraba, y Marita, que sólo tenía cuatro años, empezó a llorar.

–¡Mi pierna! ¡Me duele muchísimo! ¡Por favor, Juanito, ponme una venda, date prisa!

Bueno, ¿qué iba a hacer él? Sacó del bolsillo lo que le quedaba del arco iris y vendó con éste la pierna de Marita. Pero todavía pudo quedarse con un trocito muy pequeñito que sobró.

Marita estaba embelesada viendo el arco iris alrededor de la pierna.

Gritaba...

–¡Es maravilloso! ¡He dejado de sangrar!

Y se marchó bailando para enseñárselo a todo el mundo.

Juanito se quedó tristísimo con la pizca de arco iris que aún le quedaba. Al momento, oyó un susurro, se dio media vuelta y vio los volatines de su amigo, el viento del oeste, vestido de amarillo, marrón y rosa.

–Bueno –dijo el Viento–. ¡El genio de la cascada ya te advirtió que es difícil conservar un arco iris! Y aunque ya no lo tengas, eres un chico con suerte. Puedes oír mi canción y has crecido tres centímetros en un solo día.

–¡Es verdad! –dijo Juanito.

–Abre la mano –le ordenó el viento. Juanito extendió la mano, en la que guardaba el arco iris, y el viento le sopló como se hace con unos tizones para avivar el fuego. Y al soplar, el pedazo de arco iris fue creciendo y creciendo hasta llegar al punto más alto del cielo. No era un arco iris simple, sino que se había convertido en dos, y el de debajo resultaba ser el más grande y brillante que Juanito había visto en su vida. Muchos pájaros se asombraron tanto al verlo, que dejaron de volar y cayeron a tierra o chocaron entre sí en el aire.

El arco iris se deshizo luego y desapareció.

–¡No importa! –dijo el viento–. Habrá otro arco iris mañana. Y si no, la semana próxima.

–Y yo podré tenerlos de nuevo en la mano –dijo Juanito orgullosísimo.



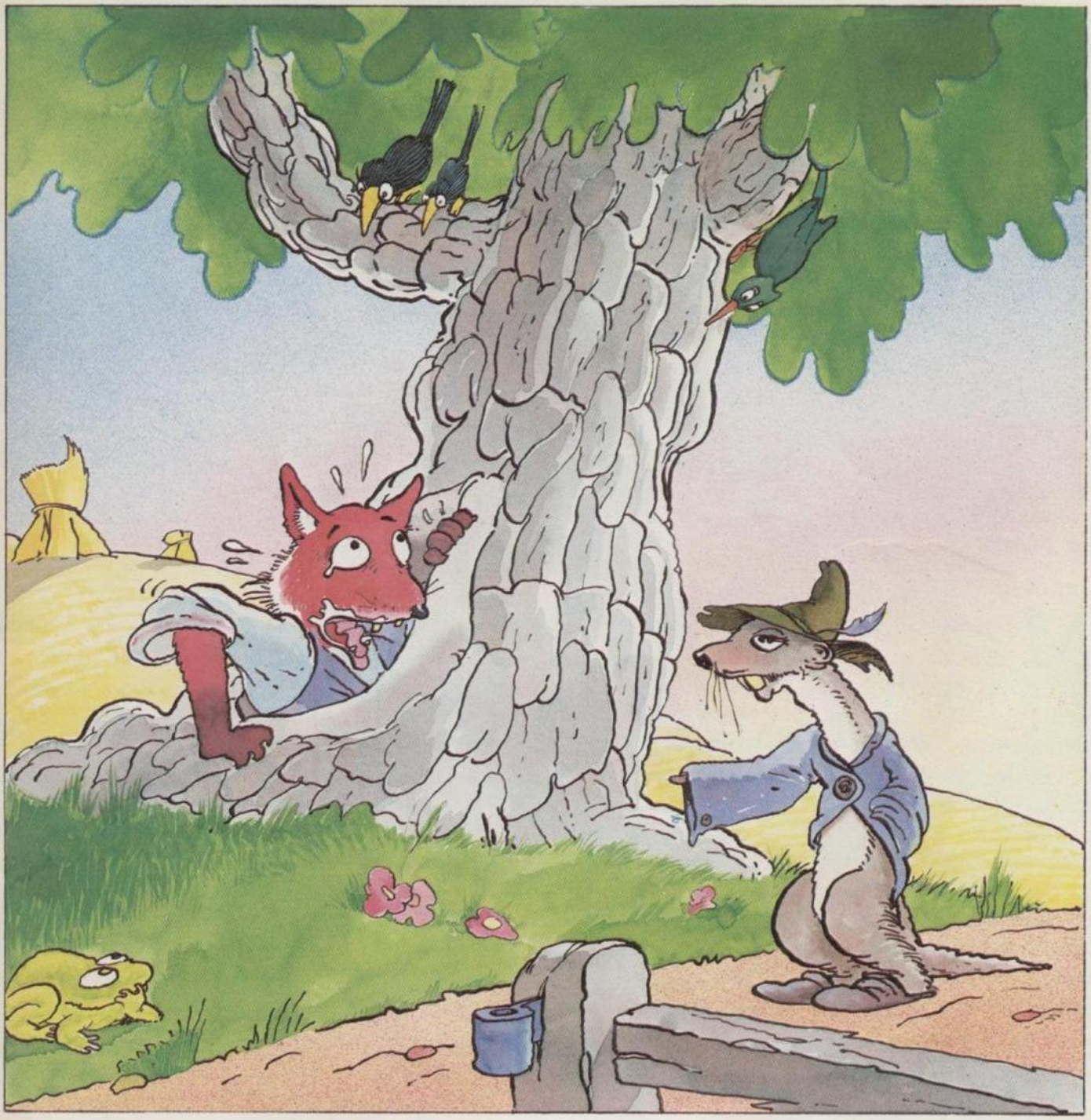


Un buen día, un zorro encontró una cesta de comida que unos granjeros habían dejado en el hueco de un árbol. Haciéndose tan pequeño como pudo, pasó por el estrecho agujero para que los demás animales no le vieran zampándose aquel rico banquete.

El zorro comió, comió, comió... y comió todavía un poco más. ¡No había comido tanto en toda su vida! Pero cuando terminó todo y quiso salir del árbol, no pudo moverse ni un centímetro. ¡Se había vuelto demasiado gordo para salir por el hueco! Pero el zorro glotón no cayó en la cuenta de que había comido demasiado y pensó que el árbol se había hecho más pequeño. Asomó la cabeza por el agujero y gritó:

—¡Socorrooo! ¡Socorrooo! Sacadme de esta horrible trampa.

En ese mismo momento, una comadreja



pasó por allí y, al verla, el zorro exclamó:

–Oye, comadreja, ayúdame a salir. El árbol está encogiendo y me está aplastando.

–A mí no me lo parece –rió la pequeña comadreja–. El árbol es igual de grande que cuando lo he visto esta mañana. Quizá tú hayas engordado.

–¡No digas tonterías y sácame de aquí! –le chilló el zorro–. Me muero, en serio.

A esto la comadreja replicó:

–Lo tienes bien merecido por comer demasiado. Lo malo es que tienes los ojos más grandes que el estómago. Tendrás que quedarte ahí hasta que adelgaces... y entonces podrás salir. Así aprenderás a no ser tan glotón.

El pobre zorro tuvo que quedarse dos días y dos noches en su triste encierro. ¡Nunca jamás volvería a comer tanto!



SIMBAD
y el Valle de los Diamantes

Me llamo Simbad. Seguro que me conocéis, pues soy el mercader más rico y más famoso de todo Bagdad. Pero no siempre he sido tan poderoso. Tuve que hacer siete grandes viajes por el mar para llegar a ser lo que soy. Empezaré por contaros el más maravilloso de todos estos viajes.

Después de visitar muchos puertos, comprando y vendiendo mercancías, un día mi barco llegó a una isla portentosa. En ella encontramos árboles frutales, arroyos de agua cristalina, flores deliciosas y hermosas aves canoras. Pero en la isla no vivía nadie. Así que decidí explorar aquel hermoso paraje y me fui solo a escalar sus acantilados. Al cabo de un rato, como estaba cansado, me tumbé en la hierba de la orilla para reposar y pronto me quedé dormido.

Al despertar vi aterrado que mi barco se había ido sin mí. Atisbé el horizonte marino y divisé sus velas como una mota blanca, allá a lo lejos. Asustado y solo, decidí subir a una colina cercana para ver si encontraba una ciudad o un pueblo al otro lado. Pero no se veía nada... Unicamente percibí una extraña forma blanca hacia la cual me encaminé.

Era como una cúpula gigante. Necesité cincuenta pasos completos para rodearla. No





tenía entrada. La toqué suavemente con la mano y vi que era muy lisa.

De pronto, el cielo se oscureció y el viento sopló a mi alrededor. Miré hacia arriba y vi un monstruoso pájaro negro que bajaba en picado hacia mí. Abrió de par en par sus potentes alas y se posó sobre la gran cúpula. Por su gran tamaño supe que el ave era el Grifo Gigante, y la cúpula era la punta de su huevo inmenso. Yo había oído muchas historias de este animal fantástico, de su tamaño y su fuerza, pero nunca las había creído. Y ahora me estaba asfixiando debajo de su enorme panza.

El pájaro colosal pronto se quedó dormido y me dediqué a meditar un plan para escapar de la isla. Desenrollé mi turbante y retorciéndolo hice una cuerda tosca. Até uno de los extremos a la pata del ave (que era tan gruesa como un tronco) y amarré el otro cabo a mi cintura. Pasé la noche despierto. Todo permaneció inmóvil. Apenas apuntó el día, la fantástica criatura alzó el vuelo con un chillido tremendo y me elevó por los aires.

Volaba y volaba cada vez más alto, y yo seguía agarrado a ella con todas mis fuerzas. Por fin empezó a descender, primero de forma rápida, después suavemente, hasta llegar al fondo de un valle profundo. Apenas me desaté, el pájaro despegó de nuevo, llevándose en el pico una negra serpiente que se retorcía una y mil veces.

Me sentía como en un agujero. Empinadas colinas cerraban el valle por todas partes, y yo no tenía cuerda para poder escalarlas. Aquello era peor que la isla, en donde por lo menos



había encontrado fruta y agua suficientes para poder sobrevivir.

Menos mal que una luz suave y brillante bañaba ya todo el valle. Era la luz del amanecer que se reflejaba en miles de diamantes esparcidos por el suelo. Por todas partes había joyas, algunas tan enormes que me quedé boquiabierto. Nunca en mi vida, ni en las casas más lujosas de Bagdad, había visto riqueza semejante. Pero alrededor de las piedras preciosas reptaban serpientes horrorosas, algunas tan grandes que podrían haberme devorado de un solo bocado. Entonces comprendí que yo, Simbad, había llegado al Valle de los Diamantes, de donde ningún hombre salió vivo jamás.

Estaba terriblemente asustado. Empecé a tranquilizarme cuando salió el sol y las feroces serpientes se deslizaron silenciosamente hasta sus agujeros. Exploré durante todo el día aquel valle en forma de cuenco, buscando agua y un lugar seguro para pasar la noche. Al final encontré una cuevecita en una pendiente. Después de comprobar que allí no había peligro, arrastré una piedra enorme para tapar la entrada y dejar tan sólo un resquicio de luz. Pasé la noche entera temblando de miedo, porque las culebras y serpientes silbaban junto a la entrada de mi cueva, y sus lenguas como látigos asomaban por las rendijas. Al amanecer, se retiraron en silencio a sus



escondrijos. Hambriento y cansado, empujé la piedra y me aventuré a salir de nuevo a la luz del sol.

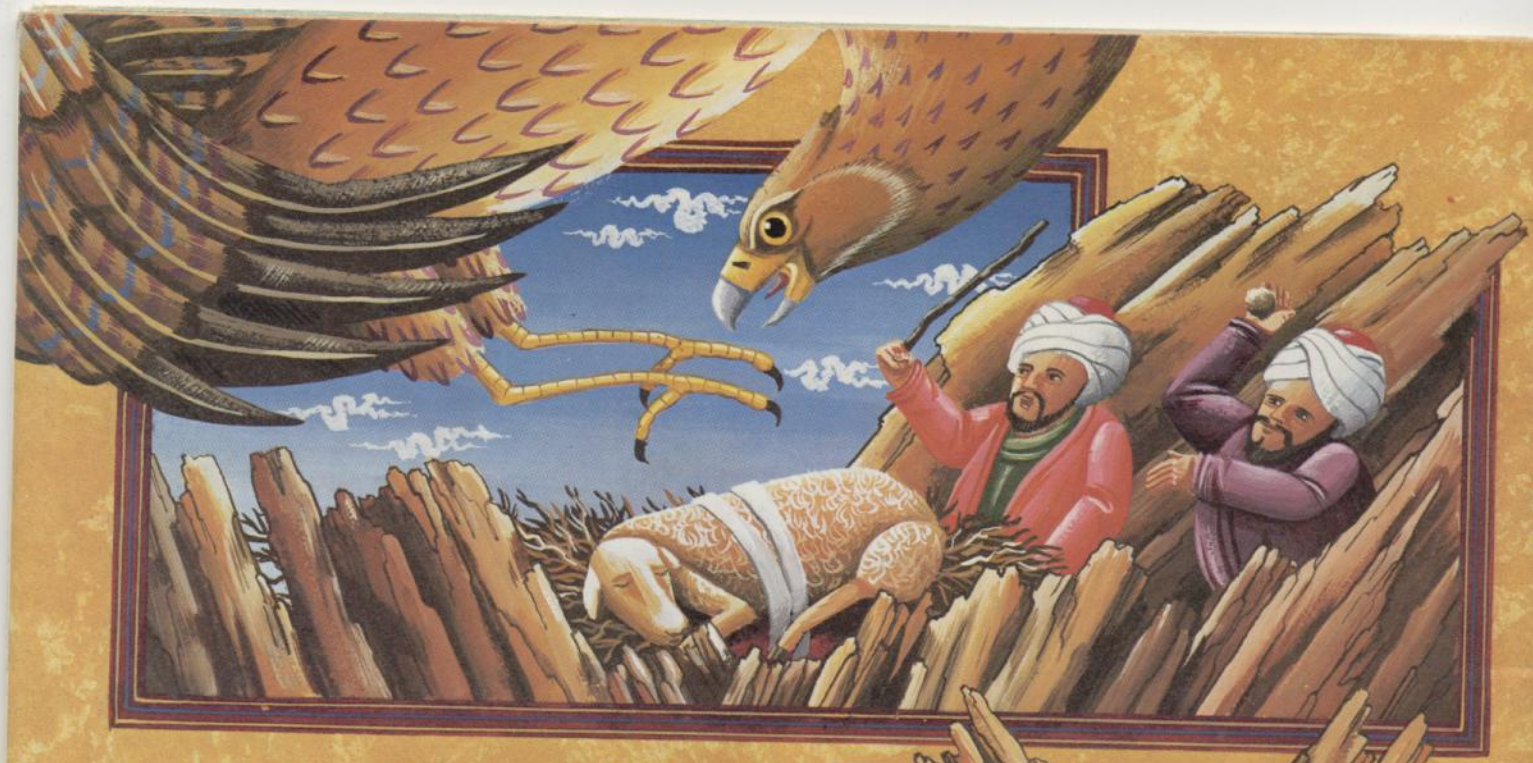
Había dado unos pocos pasos cuando algo cayó a toda velocidad por la ladera. Era el cuerpo de una oveja. Dos o tres más se estrellaron contra el suelo, cerca de mí. Los cazadores de diamantes las lanzaban por la cuesta empinada para que las joyas se enredaran en su lana. Después unas águilas gigantes se precipitaban sobre ellas y las transportaban por el aire para devorarlas en sus nidos, situados en lo alto de las montañas. Allí, los cazadores ahuyentaban a las águilas y recogían los diamantes.

Cuando ya temía que no hubiese forma de escapar del valle, tuve una idea feliz al ver un águila que se abalanzaba sobre una oveja muerta y se la llevaba. Primero, guardé todos los diamantes que pude en mis bolsillos; después, escogí la oveja más gorda, deshice mi turbante y lo até al animal. Esperé pacientemente con la cabeza apretujada entre su cadáver y la tierra seca. Una culebra merodeó por allí, pero por suerte se alejó sin molestarme. De pronto, me encontré en el aire, elevado por las garras afiladas del águila más grande que había visto jamás. Subió y subió hasta posarse en una alta cornisa.

Antes de que yo pudiera soltarme de la







oveja muerta y huir, el águila empezó a despedazarla, y su pico curvo iba cortando su carne cada vez más cerca de mi cara.

En el momento más difícil, el águila se elevó en el aire, asustada por un grupo de hombres que gritaban y le tiraban piedras. Me desaté en seguida y me puse en pie. Mi figura, cubierta de sangre, horrorizó a los cazadores.

–¡Tengo montones de diamantes, más de los que podáis necesitar en vuestra vida! –grité–. ¡Yo mismo los he recogido!

Les mostré mis bolsillos abultados y les conté mi extraña historia. Rápidamente me llevaron a la tienda de su jefe, el cual me dio comida y bebida y hasta me proporcionó un agradable baño para quitarme el mal olor que me había dejado la oveja. Le ofrecí a aquel buen hombre todos mis diamantes, pero sólo aceptó unos pocos.

–Me conformo con este puñado –dijo–. Guarda los demás, amigo mío. Te los has ganado.

Después de todas estas aventuras, emprendí el regreso a la ciudad más cercana, donde vendí todas las piedras, menos una, por una gran suma de dinero. Luego compré una flota de barcos con ricas mercancías para venderlas aquí, en mi ciudad de Bagdad. Y la hermosa joya que brilla en mi turbante es el diamante que guardé como recuerdo de mi prodigioso viaje.





El burro enfermo

A mi burro, a mi burro
le duele la cabeza
y el médico le ha dado
una gorrita gruesa,
una gorrita gruesa,
mi burro enfermo está,
mi burro enfermo está.

A mi burro, a mi burro
le duelen las orejas
y el médico le ha dado
un jarro de cerveza,
un jarro de cerveza,
mi burro enfermo está,
mi burro enfermo está.

A mi burro, a mi burro
le duele la garganta
y el médico le ha dado
una bufanda blanca,
una bufanda blanca,
mi burro enfermo está,
mi burro enfermo está.

A mi burro, a mi burro
le duele el corazón
y el médico le ha dado
gotitas de limón,
gotitas de limón,
mi burro enfermo está,
mi burro enfermo está.

A mi burro, a mi burro
le duelen las rodillas
y el médico le ha dado
un frasco con pastillas,
un frasco con pastillas,
mi burro enfermo está,
mi burro enfermo está.





En el próximo fascículo de

CUENTA CUENTOS

El rey de Arcadia hace prisionero a PIPO.
EL HIJO DEL SOL exhibe sus poderes mágicos.
GOBOLINO se convierte en el GATO DEL CABALLERO.
El granjero Tomás engaña al ESPANTAJO PELUDO.
Los hermanos Grimm presentan su más fantástica historia, titulada HANSEL Y GRETEL.
EL CANAL DE SIMON, bella y divertida historieta, y la célebre fábula de Esopo: EL LEON Y EL RATON completarán las narraciones.
La canción de cuna, titulada EL PAJARITO, de Rosa León, completarán el fascículo.